



Emiliano Ruiz Parra, *El 68: Una historia oral más allá de la masacre de Tlatelolco*¹

(Senado de la República, Instituto Belisario Domínguez, 2018, 69 pp.
ISBN 978-607-862-004-3)

por Ana María González Luna

A partir de los testimonios de algunos brigadistas, hombres y mujeres, del Movimiento Estudiantil de 1968 –siete de la Escuela Nacional (hoy Facultad) de Economía, uno del Instituto Politécnico Nacional (IPN) y otro de la Escuela Nacional de Antropología e Historia (ENAH)–, y contando con una completa información sobre la historia reciente de México, Emiliano Ruiz Parra reconstruye en un relato vivo y conmovedor, “entre personal e histórico” (4), lo sucedido en el verano de 1968, en un diálogo continuo con el presente de México como forma de significar el pasado a través de nuevas imágenes, voces acalladas.

Y lo personal tiene que ver también con él, en cuanto se coloca abiertamente y desde un principio como nieto del movimiento estudiantil contando la participación de su abuela Ana Ortiz Angulo, empleada de la UNAM², en dicho Movimiento: repartía volantes del Consejo Nacional de Huelga con sus hijas e hijo, “eran una brigada sesentayochera” (4). De esta manera y desde las primeras líneas, el autor rescata la presencia femenina en el decir y hacer del Movimiento Estudiantil.

Ruiz Parra descubrió recientemente que su abuela había conservado un archivo de más de 300 volantes, grabados y carteles del Movimiento Estudiantil, que la UNAM

¹ Se trata de un libro de distribución gratuita y accesible en línea <http://bibliodigitalibd.senado.gob.mx/handle/123456789/4141>.

² Universidad Nacional Autónoma de México.



acaba de digitalizar. Ese archivo ha sido una importante fuente de información y también de todas las ilustraciones del libro que cierran cada uno de los trece capítulos en los que está dividida la narrativa del 68 que propone. Un homenaje a sus tías y a su padre que a los 12 años repartía volantes en las calles de Ciudad de México.

La crónica, que sigue un orden cronológico de lo sucedido en Ciudad de México en el verano de 1968, está escrita desde una perspectiva presente como modo de comprender el pasado que irrumpe inevitablemente en el 2018. La explícita intención de “capturar el impulso liberatorio del Movimiento Estudiantil y confrontarlo con el México de 2018” (5) se cumple cabalmente a lo largo del texto en un diálogo continuo entre pasado y presente que invita a una lectura crítica de las actuales circunstancias. Dicha interacción de pasado y presente como proceso de rememoración que encontramos en el texto de Ruiz Parra, nos sugiere la noción de constelación como forma de presentación o representación de una idea en el tiempo de Walter Benjamin.³

Con la cercanía que establece el uso de la segunda persona singular, el autor introduce a las dos testimonios de la Escuela de Economía, Josefina Alcázar y Amalia Zepeda, que cuentan “Los primeros días” en los que sus vidas de universitarias de 18 años se fueron transformando a partir de la marcha del 26 de julio. Al mismo tiempo intercala elementos de cultura social y política necesarios para entender el significado de que dicha marcha haya desembocado en el Zócalo, lugar sagrado, intocable como el Presidente y la Virgen de Guadalupe.

El relato de Ruiz Parra se detiene en el bazucazo en San Ildefonso del 29 de julio como metáfora de un disparo que no sólo destruyó la puerta de la escuela preparatoria, sino que rompió el mito de la paz social sobre el que se fundaba el régimen del Partido Revolucionario Institucional (PRI). De la misma manera que otro mito se romperá tres días después con la marcha convocada por el rector de la Universidad Nacional Autónoma de México el 1° de agosto, después de que el ejército había entrado en Ciudad Universitaria violando su autonomía: el mito de que “nadie se le sale del huacal al presidente”, mucho menos un hombre del régimen como lo era Barrios Sierra, que de esta manera legitima el Movimiento Estudiantil.

El libro cuenta de otras tres marchas sucesivas sumamente significativas, una de ellas, la de 27 agosto, representó la movilización más grande en la historia de México, mientras que en la del 13 de septiembre la fuerza del silencio fue el mayor grito que dieron los estudiantes. Ante la reacción del gobierno que tomó el casco de Santo Tomás el 23 de septiembre, el autor se detiene en la respuesta de los politécnicos y el apoyo que les dieron los de la Vocacional 7 de Tlatelolco. Una narración sembrada de detalles significativos que iluminan la participación de las familias y de parte de la sociedad en la lucha de los estudiantes.

En el capítulo dedicado a la masacre de Tlatelolco el autor entra en el tema de la versión oficial con que el gobierno de Gustavo Díaz Ordaz se quiso lavar las manos, ese recurso a la llamada verdad histórica que 46 años después el gobierno priísta de Enrique Peña Nieto vuelve a utilizar para justificar la muerte de los 43 normalistas de Ayotzinapa. El atinado paralelismo entre los dos casos que realiza el autor con habilidad, incluye el desmoronamiento de dichas verdades: caen con libros como *La noche de Tlatelolco* de

³ Benjamin, Walter. *El origen del drama barroco alemán*. Taurus, 1990.



Elena Poniatowska, crónica coral en la que los testimonios de la masacre derriban la versión oficial, caen con estudios de equipos internacionales.

Hubo versiones contrastantes sobre el número de muertos el 2 de octubre de 1968, se pasa de los 27 declarados por el presidente Díaz Ordaz a los más de 500 que declara la periodista italiana Oriana Fallaci; cifra amarillista que acabó por ser útil al gobierno para sembrar el terror. En realidad, los muertos comprobados por la FEMOSPP⁴ fueron sesenta, y diez los desaparecidos.

En el ámbito de las versiones de los hechos enlazamos con el papel de una prensa nacional que estuvo bajo el control oficial y fue instrumento de la propaganda del régimen durante esos años de la guerra sucia. No en vano tres de las ilustraciones presentes en el libro se refieren precisamente al papel de los medios de comunicación: la prensa vendida. En la interacción con el presente entra la experiencia personal del autor, que en primera persona puede hablar de la precarización del trabajo y de los riesgos de ejercer hoy en día el periodismo en el segundo país más peligroso del mundo. Comentarios y anotaciones sobre el papel de las mujeres en el Movimiento revelan una visión crítica del autor respecto a la historiografía dominante que las ha dejado prevalentemente a un lado. La ausencia de mujeres en las fotos de los directivos de la universidad en la marcha del rector hace eco en la ausencia de espacio para que las mujeres hablaran en las asambleas universitarias. Los testimonios cuentan cómo la cómoda inercia machista les asignó la división del trabajo por género –“en la cafetería hacían la comida” (22)–, pero ellas –Josefina Alcaráz y Amalia Zepeda– huyeron de la cocina para especializarse en el mimeógrafo, transformado en arma política eficaz. La participación política de las mujeres no incluía, entonces, la igualdad de género en todos los ámbitos, ni corresponde hoy a los lugares de la memoria que privilegian la memoria masculina. Y aún así, hay que reconocer que el movimiento aceleró la liberación de la mujer, ya perceptible en el cambio del vestido al pantalón, y en distintos gestos de empoderamiento.

Ruiz Parra esquiva esa mirada metonímica que reduce el Movimiento Estudiantil a la masacre del 2 de octubre y que predomina en numerosas representaciones. Porque limitar el 68 a la masacre de Tlatelolco minimiza la multiplicidad de sus expresiones y encierra en el puro horror, muerte y pérdida un movimiento que tuvo mucho más que eso, como las numerosas marchas que eran fiesta y experiencia emocionante. También la experiencia de las brigadas, “uno de los acontecimientos políticos más bellos del siglo XX en México” (26), abre a una dimensión alegre y vital. La narración de las múltiples actividades de los brigadistas coloca al lector en un escenario de la historia reciente caracterizado por la interacción, la cooperación y la solidaridad, incluso festiva, en el que muy probablemente hubiera querido participar. Significativo resulta en este sentido el testimonio de Mariángeles Comesaña, estudiante de Antropología e Historia, que leía y entregaba copias de poemas de grandes autores en plazas y mercados. Otra prueba más del aspecto positivo y alentador del Movimiento del 68 fue el apoyo de los estudiantes a los campesinos de Topilejo a principios de septiembre de 1968.

El penúltimo capítulo, que lleva el título “Sócrates”, consiste en una entrevista que Ruíz Parra hace, en julio de 2018, a Sócrates Amado Campos Lemus, del Movimiento Estudiantil. El eje de la entrevista sigue la línea de algunas de las acusaciones contra

⁴ Fiscalía Especial para Movimientos Sociales y Políticos del Pasado.



Sócrates, algunas de las cuales aparecen en *La noche de Tlatelolco* de Elena Poniatowska: haber sido un infiltrado del gobierno, haber ayudado al ejército a identificar a los líderes de la CNH en las mazmorras del Campo Militar número uno, haber hecho declaraciones a los medios que, entre otras consecuencias, acabaron con la vida política y literaria de Elena Garro, etc. Niega unas y acepta otras, justificándose.

Se concluye con la "Asamblea General del Movimiento Estudiantil", convocada por el Instituto Belisario Domínguez del Senado de la República y que se realizó el 26 de julio de 2018, fecha que conmemora la marcha que llevó 50 años antes a los estudiantes al Zócalo, rebasando barreras simbólicas del régimen de aquellos años. Los brigadistas se preguntan sobre el fracaso o triunfo del movimiento, sobre su actual vigencia. En ese balance a distancia se evidencia cómo el movimiento sobrevive en modos y posiciones múltiples, dispares –algunas moralizadoras, otras desencantadas, otras más esperanzadas–. El autor escucha y transmite la voz de quienes lucharon en el movimiento, da espacio al testimonio desde el presente dejando abierta la puerta a un futuro próximo –"Veremos qué pasa"– al subrayar el carácter movilizador y transformador del movimiento, de los brigadistas del 68.

Considero que de alguna manera Ruiz Parra nos cuenta la historia del 68 siguiendo la forma horizontal de la asamblea estudiantil que da la palabra, deja hablar a quienes no lo habían hecho. De esta manera rompe con cierto patrón de masculinidad que había jerarquizado el recuerdo y condicionado la narrativa sobre el 68. Al incluir el testimonio de Amalia Zepeda, Josefina Alcazar –de la Facultad de Economía– y de Mariángeles Conmeña –ENAH–, abre la memoria histórica a otra dimensión, quizás menos heroica, pero sí polifónica, necesaria y fundamental para conocer aspectos importantes del movimiento y también para identificar la semilla que brotará en la década sucesiva con el movimiento feminista.

Ana María González

Università degli Studi di Milano Bicocca

anamariagonzalez443@gmail.com

I raccomandati/Los recomendados/Les recommandés/Highly recommended

N. 21 – 05/2019

392